

## PANEGÍRICO

DE SAN CIRO Y SANTA JULITA,  
Mártires:

## PREDICADO

En la Iglesia Parroquial de Ville-Juit,  
cerca de París.

*Mulier: Filium suum adduxit secum: Puer autem erat adhuc infantulus. La madre llevaba consigo á su hijo: este aun era de la edad mas tierna. I. Reg. I.*

Ya no es á Silo donde lleva una madre piadosa y reconocida á un hijo que es el fruto de sus oraciones, el obgeto de su ternura y la materia de su sacrificio. No es tampoco á vista del Santuario donde ella va á consagrar al tierno Samuel, con otro tanto zelo como fervor.

La festividad de este dia nos ofrece un asunto mucho mas interesante. Tal es el de una muger fuerte que se presenta delante de un tirano, ansioso de verter la sangre, y de martirizar al que piensa ser su enemigo: el de una

una madre que lleva entre sus brazos á un tierno infante, formado por sus cuidados, heredero de su fe, imitador de su ánimo valeroso y víctima de la Religion, casi al mismo tiempo en que empezaba á ser su discípulo: en fin, el de una madre que dispone á su hijo para el martirio; y, siendo ella tambien mártir casi al mismo tiempo, entra á partir con él su corona del mismo modo que él la habia hecho participante de sus sentimientos. *Mulier filium suum adduxit secum; puer autem erat adhuc infantulus.*

Estas gloriosas circunstancias, pues, solo pertenecen á *San Ciro y Santa Julita*, cuyo triunfo celebra la Iglesia en este dia, y cuyo elogio tengo yo que pronunciaros.

Bien podeis conocer que no debo separar en él al hijo de la madre. El hijo es muy esencial para la gloria de la madre, y la madre es interesantísima á la gloria del hijo, para que yo no uniese sus combates, sus sufrimientos y sus sacrificios en las reflexiones que van á dividir este discurso.

El Hijo veía en la madre un amor á la Religion, que mudaba su debilidad en valor. *Punto primero.*

La Madre veía en el hijo una víctima de la Religion, que mudaba sus temores en heroísmo. *Punto segundo. AVE MARÍA.*

## PRIMERA PARTE.

Quando, segun dice San Agustin, se ama á la Religion de Jesu-Christo, no duda uno

en sufrir por ella todo quanto le sobreviene. Qualquiera la confiesa á presencia de los tiranos si la tiene estampada en su corazon. Martirizar á sus hijos, es martirizarla á ella propia::: En aquellos tristes siglos de persecucion, se imponía una madre christiana la estrecha obligacion de formar á sus hijos en la ciencia y la santidad para defender al Christianismo: imprimia en ellos sus mas sólidos principios, y grababa tambien en sus corazones los sentimientos de humanidad y de Religion.

Para prueba de esta verdad, basta solo el exemplo de *Santa Julita*. En ella vió *San Ciro* un amor tan grande á la Religion, que mudó su debilidad en valor. Era atento su amor, y así iluminaba á su Hijo por medio de sus instrucciones: era firme, y con sus cuidados le animaba: era igualmente generoso, y le persuadia con el sufrimiento.

Del mismo modo que se nos representa en la Ley antigua Judáica la admirable madre de los Macabeos, se nos da á conocer por las Actas de los mártires en la nueva Ley Evangelica á *Santa Julita*. Entre *San Ciro* y el mas joven de aquellos siete hermanos, que Antíoco inmoló cruelmente á su venganza, me parece que descubro los mas preciosos rasgos de conformidad. Ambos en la edad mas tierna, y conducidos por una intrépida madre, profesaron su Religion y la sellaron con su sangre, á pesar de la rabia de los perseguidores. Uno y otro habian igualmente encontrado en un amor atento y cuidadoso instrucciones capaces de

ilu-

iluminar su entendimiento y fortificar su corazon contra los ataques de los pérfidos tiranos. Estimad la ley, hijos míos, decía la madre de los Macabeos, estimadla y atrevéos á defenderla, sin que temáis el morir por ella si es necesario. Sí, hijo mio, tú eres christiano: Jesu Christo es tu Dios: á él es á quien le debes tu corazon y tu vida. Este era el modo que *Santa Julita* tenia de instruir al tierno *San Ciro*. Su corta edad no le permitia entender lecciones mas reflexivas. Por lo mismo necesitaba un maestro que enseñase mas bien que con los discursos con el exemplo. La conducta de la Madre llegó á ser para el Hijo una instruccion sensible y penetrante. Era tan ingeniosa, que no le manifestaba su amor sino en aquellas ocasiones en que, á pesar de su poca edad, pudieran serle útiles y provechosas.

Si el cielo hubiera traído á *San Ciro* en estos dias menos tenebrosos, en que la razon y el discurso brotan con mas anticipacion, sin duda alguna que *Julita*, como tan sabia en la Religion christiana, le hubiera explicado la profundidad de sus misterios, la sabiduría de sus preceptos y la grandeza de sus promesas: le hubiera enseñado ademas, quales fueron los Profetas que la anunciaron, quales los prodigios que la habian establecido, y quien era el poder que la sostenia y perpetuaba. Como estas eran unas ideas tan sublimes, y que por lo comun exceden á la capacidad de la infancia, las habia reservado *Julita* para tiempos mas favorables.

¿Qual

¿Qual fué el misterio á que dedicó todo su zelo y cuidados? El demostrar á su hijo con su conducta todo lo que debe ser un christiano.

Nuestra Heroína, pues, se presentó al Mundo en el quarto siglo de la Iglesia: siglo tan famoso por sus terribles persecuciones, como por la sangre que derramaron tantos mártires; y siglo, en fin, en el que producía menos tiranos la idolatría, que contaba por héroes la Religion christiana. Aquellos antiguos reyes á quienes el Asia estaba en otro tiempo sometida, fueron los ascendientes de *Fulita*: no era otra la sangre que corría por sus venas. Su patria Icona alabó mucho la sagrada union que habia formado delante de los altares santos. ¡Pero ah! ¡quan presto rompió el cielo unos vínculos tan apreciables! En un Magistrado, que era el honor de la justicia, el protector de los pobres y el defensor del Christianismo, habia perdido *Fulita* un esposo digno de su ternura. A este querido esposo le vió revivir en un hijo único, que era todo su consuelo y su temor. ¿Su temor? Sí, hermanos míos: vosotros conoceréis bien presto los motivos que tengo para decirlo.

Diocleciano y Maxímiano tenían entónces las riendas del império. La memoria ó recordacion de sus crimines y delitos, nos representa aun la idea de su carácter. Hablemos solo de su reynado para fixar en él la época de la mas violenta persecucion que jamás ha sufrido la Iglesia. En efecto, ¡que espectáculo tan triste! ¡que edicto tan bárbaro acaba de sa-

liz

hir del trono! ¡ó césares! ¡quanta sangre vais á verter! Pero ¿que sangre? La mas pura, la mas respetable, y, en fin, la sangre de todos los christianos, si os fuese posible.

Ya se apresuraba el cruel Domiciano para executar en la Lycaonia las soberanas órdenes que le habian intimado. Llegó á entender *Fulita* estos decretos tiránicos. La sangre de donde procedía, el elevado estado en que se hallaba y la Religion que profesaba, eran á la vista de aquellos tiranos perseguidores otros tantos títulos que la hacian mas culpable y delinqüente. Quanto mas illustre sea una víctima, mucho mayor es el triunfo para la idolatría. Mas, ¿sí temerá á los tiranos y temblará á vista de los suplicios? No por cierto; pero una sabia desconfianza de sí misma, no la permitirá contar con seguridad, ni con sus fuerzas, ni con sus virtudes. Aunque no temia el peligro, creía no debía esperarle ni burlarse de él. Alejóse algo; y para esto dexó á todos los amigos y parientes con todas quantas riquezas y esperanzas podia tener: su Hijo fué el único tesoro que llevó consigo, y dos compañeras fieles que se dispusieron brevemente para seguirla. ¿Adonde, en medio de esta incertidumbre, dirigirá sus pasos? ¡Ah! solo se libra de la primera tempestad para entrar en nuevos peligros. En Isauria se la estaba preparando la misma persecucion que la amenazaba en Icona.

Estaba Alexandro en Selencia siendo el depositario de la autoridad imperial. Como un cortesano político y un adulator mercenario,

no

no conocia otra divinidad que la pasion del príncipe : desconocia los idolos por interés: se sujetaba á los césares por razon de estado: era cruel por inclinacion ; y enemigo de los christianos , porque en esto consistia la mayor parte de su mérito.

La misma prudencia que determinó á *Fulita* irse de Icona , la movió á huir de Seleucia; pero la Providencia permitió que la siguiese la persecucion en el tiempo en que se creía estar mas libre de ella. ¿Que observó quando llegó á Tarsa? Christianos inhumanamente inmolados á los idolos : en el mismo dia en que llegó á aquella ciudad se dexó ver tambien Alexandro. ¡Con que tormento tan horroroso hizo allí conocer su poder ! Tiembla , pues, *Fulita* , tiembla á vista de sus rigores, no tanto por tí , quanto por tu Hijo. ¡O querido de mis entrañas , le decia ella! Aun eres christiano. No temas confesar este nombre : dalo á entender con tus inocentes lágrimas : con tus incesantes gritos , y repítelo mil veces : habla de modo que todo el Mundo lo entienda : soy christiana y tú tambien lo eres : he dicho quanto podia : vamos á recibir la muerte , ya que nos hemos de encaminar al martirio.

Apenas habia empezado á hablar de este modo , quando ya se estendió su reputacion. Descubrióse , la acusaron , é inmediatamente la prendieron : con ella se aseguró tambien á su Hijo. Este habia advertido en la Madre un amor atento y cuidadoso para iluminarle por medio de sus instrucciones , é iba tambien á ver en ella un amor firme que

que le animase con sus sentimientos.

A vista del interés que hallaba la madre de los Macabeos al contemplar el cielo , animaba á su hijo á la muerte : estas eran las justas miras y sentimientos que tenia *Fulita* para exhortar al suyo al martirio. Representaos, oyentes míos , en esta ocasion un tribunal en donde presidia la prudencia humana, exáminaba la preocupacion , pronunciaba el odio y solo se presentaba el Juez para ver delinquentes , y no hablar sino para estremecer con sus amenazas. Un tribunal en donde los suplicios y la muerte eran las ordinarias recompensas de la fé , de la firmeza y de la constancia ; y , en fin , en el que únicamente tenian fuerza las leyes para condenar.

Las compañeras de nuestra Santa , estaban llenas de terror al oír solamente el nombre de aquel formidable tribunal. La sangrienta imagen de los tormentos, solo las dexaba con un corazon tímido y una debilidad presuntuosa. Huyeron , pues , á excepcion de *Fulita* , que solo se quedó con su virtud y su Hijo para defenderse. Habiala preguntado el tirano como se llamaba , de quien era hija y de que patria. A unas preguntas tan cautelosas no dió mas que una respuesta : Soy christiana. A lo que el tirano la replicó : eres christiana ¿y te atreves á jactar de ello? ¡Ah! ¿que es lo que debias esperar de una confesion tan sincera? Ser christiana, es un verdadero delito: el parecerlo , es declararse rebelde. Ella será castigada sin remedio.

¡O terribles señales! Dase la orden, y unos hom-

hombres venales la executaron inmediatamente. El Hijo fué arrancado sin compasion de entre los brazos de la Madre. ¿Quién será la que al oír esto no participe de los dolorosos sentimientos, que experimentaba el corazon de *Julita*? Y ¿quién será la que no perciba el acero cruel con que se sentia penetrada? Mas no, no creais que la muerte con que se la amenazaba la moviese, ni la hiciese sentir tanto como la imprevista suerte y los grandes dolores que estaban reservados para su Hijo. Un niño á quien su madre jamás separa de sus brazos, á nadie conoce mas que á ella, con nadie trata, ni á ninguno sino á ella ama: si le separan de su compañía, solo le permite su edad el dolor, porque no tiene reflexion para otra cosa. ¡Ah! si es cierto que hasta sobre un corazon bárbaro goza sus derechos el sentimiento, ¿que impresion no deberian hacer sobre el corazon de *Alexandro* los penetrantes gritos y las lágrimas amargas del tierno *Ciro*? Su vista inmóvil y su silencio manifestaban sus sentimientos, y daban á entender su tormento. Llévosele á aquel odioso tribunal en el qual estaba sentado el monstruo á quien temia. A vista de él podreis conocer con facilidad lo que haria, siendo tan poderosa la voz de la naturaleza. Hasta la misma infancia parece se adorna con la edad de la razon. El alma, como que se ve mandada por un imperioso sentimiento. Quando se mira un objeto con repugnancia, siempre se llega á él como horrorizado. En vano intentará el tirano por medio de una páfida ternura y de una amista-

dad

dad simulada, sorprehender á la inocencia y á la fé bien cimentada. *San *Ciro** sabrá despreciar un discurso lisongero, unas fingidas caricias y una aparente bondad, que encubren un corazon cruel. Acaso pensareis vosotros, oyentes míos, que por sus gestos, por sus lágrimas y por otras diversas señales daría á entender aquel niño á los atentos expectadores su violenta situacion: vueltos sus ojos ácia atras, como que manifestaban haber descubierto al juez; mas luego les fixó constantemente en su Madre. La llamaba con sus suspiros; y ella echaba sobre él algunas espresivas y eloqüentes miradas. Con su mismo silencio le hablaba, porque el corazon de *Julita* se descubría muy bien en su rostro. *San *Ciro** creía al verle, que estaba leyendo en él todos los sentimientos de que su Madre le queria hacer participante. Animado con su presencia mas que con sus razones, veía en los ojos de su Madre todo quanto pasaba en su corazon: conocia que sentia mucho mas por él que por sí misma el peligro en que estaban; advertía quanto su Madre queria y no la era posible decir: en una palabra, observaba y se aprovechaba de lo que veía. No, no se alabe aquel juez, tan pronto expresivo y cariñoso como irritado, vencerle con sus astucias. *San *Ciro** le hará conocer, que hasta la mas tímida infancia tiene armas para resistirse á los tiranos. El le demostrará, que la fé christiana concede fuerzas hasta á la misma debilidad. El sufrimiento de su madre acabó lo que sus miradas habian empezado.

Co-

Como testigo de los suplicios á que habian sido condenados sus hermanos, sacaba de sus exemplos el mas joven de los Macabeos lecciones de valor y de constancia. No, decia él, no mudaré yo de language, ni de sentimientos: de ningun modo obedeceré á los mandatos de un sacrilego tirano. La ley de mi Dios es solamente mi guia y mi único oráculo: mis hermanos han muerto siendo mártires de esta ley: yo moriré tambien como ellos. Por un momentaneo dolor han logrado eternas coronas: yo como imitador de su grande ánimo, tambien quiero aspirar á semejante recompensa.

A este modo, siendo *San Ciro* testigo de los diferentes tormentos á que expuso el tirano de Tarsa á *Julita*, encontró igualmente en los exemplos de su invencible Madre lecciones de firmeza y de heroísmo. Quantos sentimientos de Religion expresaba la Madre repetía el Hijo: procuraba este imitar su language, como dando á entender que no temia ser participante de sus suplicios.

Pero ¿quales fueron á los que se condenó á aquella heroína Madre, que, como la de los Macabeos, debe justamente vivir por toda la eternidad en la memoria de los hombres? *Supra modum autem mater mirabilis, & honorum memoria digna* (1). Para formarse una idea sensible de lo que padeció, era preciso que reflexionásemos sobre la crueldad excesiva de que eran capaces los desgraciados príncipes que

(1) II. Mac. 7. 20.

por entonces perseguian á la Iglesia y á los christianos.

Acia el principio del quarto siglo se promulgó un edicto, digno del falso zelo que tenia Diocleciano por los ídolos, y propio tambien del odio irreconciliable que manifestaba al nombre christiano. A la sombra de esta ley, que se anunció con la mayor brillantez, y se executó con rigor, se entregaron los libros sagrados á las llamas, se reduxeron á polvo los templos de Jesu-Christo, y se obligaba á los christianos, ó á renunciar su santa ley, ó á vivir entre el oprobio y la esclavitud. A aquel primer edicto se le siguió muy en breve un decreto todavia mucho mas severo. Los Pontífices de la Iglesia se veían cargados de cadenas; y no se perdonaba medio alguno para determinarles, tanto por el temor como por el interés, á que diesen á los ídolos un incienso que nunca habian querido tributarles. Despreciados y atormentados se les oía decir, aun al mismo tiempo de espirar, que sin faltar al respeto de los emperadores morian como declarados é invencibles enemigos de los Dioses á quienes adoraba el império. Pero, ¿que es lo que veo? una infinidad de christianos pericieron á vista del Universo indignado. ¿Quien será capaz de decir todo quanto la ingeniosa rabia y el reflexionado odio de los tiranos tenia reservado á los discipulos de Jesu-Christo? En unas partes se veían unos ganchos de hierro que con puntas encorvadas, entraban por las descarnadas espaldas á buscar y arrancar las palpitantes entrañas: en otras con fue-

go muy lento y diestramente manejado, aniquilaban la víctima, aunque sin consumirla, y la hacian sufrir una infinidad de muertes en una sola: en fin, habia parages en donde una llaga tenia que ir formando otra, hasta que todo el cuerpo entero no era mas que un espectro horrible. Por qualquiera parte que uno se ponga á considerar, solo advertirá, que se multiplican las hogueras, se aumentan los cadahalsos y brilla el acero. Las ciudades enteras no presentaban á la vista otra cosa que fuego y leñeros para aumentarle. Las cenizas de los christianos se confundian entre las ruinas de los templos, y presentaban un espectáculo tan terrible como deshonoroso á la humanidad. No bastaban arroyos de sangre para extinguir aquel devorado incendio. El arte habia agotado todos sus recursos para refinar las penas mas inauditas, con que quisiera hacer morir el aborrecimiento de los césares á todos aquellos que no doblasen su rodilla delante de sus vanos simulacros. Ya no faltaba mas que un ingenio instruido por el mismo infierno para inventar nuevos tormentos; pero era menester tambien una constancia sostenida por el cielo para no temerles, ó, por mejor decir, para despreciarles y aun deseárlas.

Parece que el cielo habia presentado á *Fulita* en aquellos dias de rigurosa persecucion para manifestar un valor que excediese á su sexó, y aun á la misma humanidad. Miradla, hermanos mios, miradla entregada á aquellos iniquos ministros, cuyas manos, como tan acostumbradas al crimen, parece que estan

familiarizadas con las mas bárbaras expediciones: miradla, digo, expuesta á la irrisión de un pueblo desenfrenado, y casi espirando entre aquellas torturas, infinitas veces renovadas, que han hecho ya de su cuerpo una sola llaga. ¡Que no tuviera yo expresiones bastante vivas para haceros concebir aquel lugar de tantos trabajos, y aquella triste imágen de un verdadero cadahalso, ya que realmente no representa otra cosa!!! Una orden impía fué causa de que se la desposasen aquellas benditas manos, que no se abrian sino para esparcir beneficios. Una infinidad de golpes terribles hacian resaltar por todas partes aquella respetable sangre que habia formado el cielo para dar héroes al império.

Despidan otras enhorabuena las quejas que descubren su debilidad ó inconstancia. *Fulita* siempre estará firme y se manifestará una misma. Sus temores solo se fundan en su Hijo; se presumia que la vista de su suplicio intimidase á aquel querido Hijo que estaba siempre atento, tanto á los movimientos del juez, como á los de su Madre. Yo soy christiana, decia ella, en medio de los profundos dolores que experimentaba. No de otro modo respondia *San Ciro* estimulado de los sentimientos de su Madre. Prestad vuestros sacrificios, respondia el tirano, á las divinidades reverenciadas por los señores del Mundo: si no lo haceis se os dará precisamente la muerte. El mismo golpe que iba á sufrir la Madre, se iba á descargar sobre el Hijo. ¡Desdichada de mí, exclamaba *Fulita*, si ofreciera un sacrilego incienso á

unos Dioses que son obra de los hombres y de sus pasiones! ¡Ah! Antes permita Dios que se destruyan sus altares que cese su culto y se confundan sus adoradores.

Yo no temo mi muerte ni la de mi Hijo: todavía soy christiana: satisfacer vuestros deseos será cumplir con mi voluntad. Aconsejado *San Ciro* por su Madre, pronunció tambien esta peligrosa, bien que decisiva verdad: Soy christiana. Al oír esto la Madre, se dexó ver la serenidad en su rostro. No le sucedia así al juez. Pronunciadas una infinidad de veces aquellas palabras con el mismo fuego y actividad, le dexaron ya sin esperanza alguna. En efecto, como ya no era dueño de sí mismo, se acercaba la perfeccion del sacrificio. Confundido, arrebatado y furioso, se olvidó tanto de la razon como de su humanidad. Atrevióse:: Pero no amontonemos los acontecimientos.

El Hijo encontró en la Madre un amor á la Religion que mudaba su debilidad en valor: la Madre veía en el Hijo una víctima de la Religion que mudaba sus temores en heroísmo.

#### SEGUNDA PARTE.

¡O Madre dichosa, y asunto incomparable de admiracion! Madre tan sabia como heroica: Madre única, que con su muerte corona y ensalza la de sus hijos. *Mater supra modum mirabilis.*

Tal es el magnifico elogio que consagran los libros santos á la gloria de aquella madre

de los Macabeos, testigo del martirio que sufren sus hijos; y, en fin, célebre é inmortal mártir tambien ella misma.

¿Acaso la Santa, cuya memoria celebramos en este dia, no tiene los propios títulos para merecer el mismo elogio? Es cierto que no ofrece al Señor tantas victimas como la madre de los Macabeos; pero le sacrifica una victima tan preciosa como es la de un hijo, y un hijo único y solo que tiene. En efecto ¿No es de admirar una madre que triunfa de su ternura por no hacer caso mas que de su valor: una madre que inmola á Jesu-Christo todo quanto tiene en el Mundo, quiero decir, á su hijo y á sí misma? *Mater supra modum mirabilis.*

¿Que venian á ser los sentimientos de *Julita* por su hijo? Temia (y no es estraño) por su tierna edad, que el aspecto de un juez cruel, los artificios de un seductor y los furoros de un tirano le hiciesen titubear. En suma, ya va á presenciarse el último aliento de su hijo. ¿Qual será entónces su heroísmo? ¡Ah hermanos míos! La muerte de su hijo llegará á ser la mejor ocasion para que ella haga resplandecer los mas atrevidos sentimientos, los deseos mas apetecidos y la mas invencible constancia.

Entre la flaqueza de la primera y mas tierna edad, solo tiene la Religion sobre el espíritu y el corazón del hombre unos derechos mal asegurados. Entónces solo percibe los principios de ella, pero no los posee con firmeza. La razon es únicamente un cahos lleno de confusión é informe. Los sentimientos están como

ocultos: entre el seno de una profunda y obscura noche. Las palabras están, por decirlo así, cautivas, y mudo el sentimiento. Entre la debilidad é inconstancia de la primera y mas tierna edad, solo obra el hombre por impresiones extrañas. Aprende á ser christiano quando aun no sabe casi lo que debe ser.

Supuesto esto, pues, ¿quanto tendrá que temer una madre en un hijo que aun no es capaz de profesar con firmeza una Religion que aprende á creer con no poco trabajo? Solo una mirada que se eche, con una palabra que se pronuncie, ó con una señal que se haga, basta para no confesar; ó á lo menos dar á entender que no se confiesa á Jesu-Christo. Los perseguidores del Evangelio no se cuidan jamas de persuadir á un tierno infante: todo su estudio consiste en sorprenderle. ¿Que esperanzas podia dar un niño que apenas llegaba á la edad de tres años?

Movida de estas tristes ideas se entregaba *Fulita* á los mas injustos, aunque razonables deseos. Todo se habia mudado para ella. Ya no habitaba en aquel apacible retiro en donde todos los dias lograba el consuelo de consagrar á la instruccion de su hijo todos sus cuidados y atenciones. Consideradla vosotros transferida á una tierra extraña: vedla citada delante de un espantoso tribunal: precisada á dar con separacion una rigurosa cuenta de su fé. Sin embargo, nada tenemos que temer por lo que hace á la Madre: todo es garante de su constancia. Pero ¿la quitará esto de que se rezele de todo por su hijo? Ninguna cosa basta

para que subsane en su interior la debilidad de aquel niño. ¡Que cosa tan admirable es la de que una criatura tan pequeña y reciente en el Mundo dé razon de su fé y la defensa!

¡O gran Dios! ¿Si sostendrá vuestra bondad, al modo que lo hizo con el jóven Daniel en la corte de un príncipe idólatra, al tierno *Ciro* en presencia de un juez, cuyo imprevisto aspecto admira, cuyo modo de mirar tan severo intimida, cuya amenazadora voz interrumpe, y cuyas inhumanas órdenes son otros tantos golpes que descarga su cólera? Solo una palabra indiscreta puede asegurar la vida de esta temerosa víctima, aunque á expensas de su creencia.

¡O Dios sumamente poderoso, que hiciste inaccesible el corazon del tierno Josef á los atractivos de la seduccion! ¿Hareis vos de modo que el corazon de *Ciro* sea impenetrable á los insinuativos ataques de un espíritu artificioso, que sabe disimular para atraer, acariciar para herir, prometer para seducir, y, en una palabra, que parece quiere salvar para mejor perder? Aquella misma fé que la ternura maternal no habia hecho, digámoslo así, mas que insinuar, podria hacerla tal vez caer una ternura fingida y disimulada.

¡O Dios protector de la virtud! Dios, que inspiraste al mas jóven de los Macabeos aquellas fuertes y eficaces palabras con que supo confundir al impío Antíoco, ¿no inspiraréis al tierno *Ciro* aquel incontrastable valor que sabe resistirse á la cólera, despreciar las amenazas y confundir á los tiranos? Si la formidable vis-

ta de los suplicios, y la espantosa imágen de la muerte pueden hacer titubear al mas grande héroe, ¿que estrafío será que le espanten á un niño, le sobrecojan y aterren?

Tales eran las crueles dudas que destrozan el corazon de *Julita*, haciéndola conocer que debía conservar á su hijo aun á costa del mismo crimen, que no la daban lugar á pensar jamas de que ella le iba á perder de todos modos por medio de su constancia.

Dexad ya esas inquietudes, Madre afligida: dexadlas, que vuestro Hijo es tan digno de vos como de la Religion en que acaba de entrar. Es verdad que es un niño; pero tambien es un héroe. No fué otra la lengua que publicó en otro tiempo la gloria y las alabanzas del Señor (1). Dios se sabe valer de los mas débiles instrumentos para perpetuar la Religion, así como se sirvió de ellos para establecerla. Un niño es el que ha de deshonorar á la idolatría y consolar á la Iglesia. Por él va á triunfar la Religion. *San Ciro* ¡que nombre acabo de pronunciar! ¡y que pintura os voy á hacer á vosotras, ó tiernas y sensibles madres que me escuchais! *Julita*, pues, aplaudía la inesperada firmeza de su hijo: se llenaba de gozo al ver que en su sangre se reproducía el amor que ella tenía á la fé. Pero ¡ó crimen! ¡ó crueldad! ¡ó bárbaro juez! ¡ó tirano implacable! ¿A donde te lleva ese furioso acceso? ¿No ves que viene de los reyes la sangre que cotre por sus ve-

(1) *Ex ore infantium, et lactentium perfecisti laudem.*  
Ps. 8. v. 3.

venas? ¿Te atreverás, no obstante, á derramarla? ¡Pero ah! ya se descargó aquel terrible golpe. Desde lo mas alto de su tribunal arrojó al niño de una manera sacrilega. La imágen de la inocencia y del candor, está ya indignamente profanada: las gradas del tribunal, reciben á este nuevo mártir: ya se ve salir su sangre á borbotones: hasta la madre saltaron sus chorros: su degollada cabeza no dexaba á la vista otra cosa que el craneo que estaba descubierta, los ojos empañados, el rostro desfigurado, y un cuerpo sin movimiento. Hasta el mismo tirano se avergonzaba de su barbaridad á vista de este triste espectáculo. Quisiera, aunque tarde, subsanar un crimen que le llenaba de confusion: sentia no poder animar un cadaver, á quien no podia mirar sin estremecerse.

¿Quales os parece que fueron los sentimientos á que se entregó *Julita* desde este instante tan terrible? ¿Escucharía acaso la compasiva voz de la naturaleza? ¿Atendería á la de la Religion que aun es mas imperiosa? Una y otra hablaban á su corazon. ¿Y que habia de hacer en este caso? Sostenida por una gracia misteriosa contemplaba á su hijo; pero únicamente para felicitarle y felicitarse á sí misma por una dicha semejante. Desde este instante se mudaron sus temores en heroismo.

El rezelo de perder á su hijo habia suspendido hasta aquí la actividad de su zelo. La habia hecho excusarse de dar á la protestacion de su fé aquel animado vigor y santo entusiasmo con que parece se insulta y menosprecia á los ti-

tiranos. Desde el punto en que espiró su hijo, no tenia ya que respetar ninguna consideracion: por lo mismo se atrevió á decir con la lengua todo quanto interiormente pensaba.

¡Quanto celebraria yo verme enriquecido con el fuego de sus expresiones! ¡Con que suma alegria daba gracias al cielo porque habia coronado al hijo antes que á la madre! Ni aun con los suspiros se interrumpia su voz. Estos son indicios de flaqueza. A mí me parece que la oygo exclamar con los sagrados libros: yo ya no poseo á mi hijo; pero él posee á su Dios. Tú le amas mas, Señor, y por lo mismo le has quitado de entre los pecadores con quienes vivia: le has subido á tu gloria, para que de este modo no se corrompiese su espiritu con el ayre contagioso que se respira en el Mundo. No, no haya miedo de que las ligeras y tumultuosas pasiones tengan ya dominio sobre su corazon (1). El es cierto que ha vivido poco; pero para eso ha llenado el curso de una dilatada carrera.

De esta suerte explicaba *Julita*, sin atender á los respetos humanos, los dichosos sentimientos de su corazon. Por una parte daba al Eterno Padre las mas expresivas gracias porque la habia dexado sobrevivir á su hijo para recoger sus últimos suspiros, y armarse de su sangre como de un escudo impenetrable contra los ataques de su perseguidor: por otra fixaba, llena de compasion, la vista sobre el desfigurado cuerpo de su querido hijo. Su sal-

(1) Sep. 4.

vacion, decia ella, es cierta: su vida era la causa de mis inquietudes: su muerte es para mí el mas justo motivo de consuelo... (1). Pero la sangre de un mártir nunca es suficiente para vengar á los ídolos. Ministros de los cesares, acabad de cumplir vuestra orden. El hijo ya ha perecido: inmolad ahora á la madre.

Sí, hermanos míos, ella morirá. Su discurso irritó al tirano: apoderóse de él un estremecimiento asombroso: sus ojos centelleaban en medio del impetuoso movimiento que le agitaba, disponia á un mismo tiempo una multitud de tormentos todos diversos: sus atropelladas órdenes se confundian mas bien que sucesivamente se penetraban: los executores de sus decretos aun no las cumplian con tanta brevedad como las renovaba su impaciencia. De este modo, pues, haciéndose *Julita* superior á sí misma, parecia que se aceleraba por medio de sus deseos el decreto de su condenacion.

¡Que hermoso y penetrante espectáculo es el que me presentan las actas donde se describe por menor su martirio (2)! Por ellas se reconoce la firmeza con que menospreciaba la vida y la muerte. Allí se ve, no sin indignacion, aquella augusta descendencia de tantos monarcas tendida sobre un potro infame, como si fuera un justo castigo del crimen; des-

(1) Vida de San Ciro y Santa Julita (á 18 de Mayo) por Baylet.

(2) Actas de los mártires por D. Ruinart, carta de Teod. Obispo de Icona.

carnada con un hierro artificiosamente construido con el fin de que formase otras tantas profundas llagas quantas eran las agudas puntas que tenia; consumida, pero siempre fiel aun en medio de los inexplicables dolores que sentia con aquella aceyte hirviendo que incesantemente echaban en cada una de sus heridas.

Las trabajos y sufrimientos forman las delicias de un corazon christiano. El acumular tormentos á *Fulita*, era lisongear su zelo, sin llenar todavia sus deseos. El Hijo estaba en el cielo, y aun permanecia la madre en el mundo. Aquel habia salido victorioso, y esta aun estaba incierta de la victoria. El hijo habia ascendido á la patria de los Santos, y la madre estaba todavia en el lugar de su destierro. Ah! ¡quanto se la alargaba el tiempo! ¡ó tierra! ¡ó cielo! escuchad, escuchad ambos la voz de *Fulita*; unid por medio de la muerte á dos corazones que fueron inseparables durante la vida. Haced que la madre siga al hijo, y que, cabiéndola la misma suerte, participe de la propia corona. No hay que temer: ya se cumplirán sus deseos. Su constancia va á triunfar de los últimos esfuerzos que emplearán los enemigos de Jesu-Christo para abatirla.

Levantando el juez su voz desde aquel sangriento tribunal, en el que solo la iniquidad pronunciaba, parecia que se habia olvidado de su crueldad para no escuchar mas que á la humanidad misma. Permitiosela el deleyte de la reflexion: amonestábasela para que no se opusiese ya por mas tiempo con su delinquente rebeldía á la soberana voluntad de los cé-

sares: se la decia que en quanto su nacimiento era mas ilustre, estaba mas obligada á dar un exemplo de entera sumision y obediencia. Ya has visto, la decian, perecer á tu hijo: no des lugar á que tú misma perezcas tambien. Repara tu rebeldía con la abjuracion de tu fé. En esto consiste que los emperadores te concedan la libertad y la vida. Es menester ceder ó morir...

¿Morir? ah! ¡que palabras tan dulces para *Fulita*! Solo pedia al cielo que la concediera la gracia de acabar el sacrificio sin decaer de su ánimo, así como ella le habia empezado sin temor. Al oír el nombre de su hijo, que ya era mártir, clamaba su zelo por la palma del martirio. Ministros encargados de darme la muerte, exclamaba ella, no defirais mas tan dichoso momento. Yo soy christiana. Los discípulos de Jesu-Christo saben menospreciar la vida; pero no ser traidores á su Religion.

A vista de una resolucion tan firme ¿que esperanza le podia quedar ya al juez? Pero esto no queria decir nada: aun estaba confiado. Cada vez se valia indistintamente, y con mas empeño, de los artificios, de las amenazas y de los tormentos. Esfuerzos inútiles. El que una alma debil sea inconstante, vacile y cayga á la multiplicidad de los reveses y contratiempos, solo da á entender, que es como un estanque helado, cuyas aguas se dilúen y toman su movimiento á vista de los rayos del sol. Pero una alma heróyca nunca varía. Los nuevos suplicios la conceden nuevas fuerzas. Es una roca firmísima que en medio de la mar irridada,

desafia á los vientos y á las tempestades.

Sorprehendido, desesperado y aun engafiado, como que todavia dudaba el juez, sin embargo de que por otra parte se le resistia *Fulita*. Sentenció por fin... Pero ¿que sentencia? La de muerte. No tardó en executarse el decreto. Espíritus de Esteban y de Lorenzo, favoreced á *Fulita*. Ya se ha desaparecido la tierra de su vista: todos sus deseos les tiene puestos en el cielo. Subió al cadavsalso triunfante al modo que un conquistador sobre el trono. Aprovechóse de estos últimos instantes para dirigir tambien al cielo sus últimas súplicas.. Pero ¿que mano tan bárbara es la que viene á cerrar esta boca tan pura que canta las alabanzas del Señor? Mandóse la callar; pero aunque permanecia sin el uso de la voz, la quedaba su corazon para gritar al Altísimo. Este era quien daba mas energía á sus sentimientos que la que ella les hubiera podido dar con sus expresiones. Ya iba otra vez á renovarles, quando se levantó el cuchillo. Consumóse el delirio, y se desgajó del cuerpo aquella augusta cabeza sobre la que el Asia hubiera querido ver reunidas todas sus coronas. Espiró, en fin, aquella preciosa muger, digna de vivir siempre, si es que el nacimiento y la virtud hacen inmortales á las criaturas. En un mismo dia perecieron el hijo y la madre: el hijo habiendo encontrado en su madre un apóstol, y la madre habiendo visto un mártir en su hijo.

Apenas espiraron ambos, quando la nobleza de Isauria se tomó el cuidado de recoger con fidelidad las actas de su martirio, conser-

varlas con respeto, y publicarlas con zelo. Todo concurría á perpetuar su gloria.

¿Si os recordaré yo aquella sabia disposicion de la Providencia con que desde luego fueron sus sagrados huesos cuidadosamente ocultos á las indagaciones de la idolatria, y expuestos despues á la veneracion pública? ¿Si os diré yo, que se veían concurrir todos los años á su sepulcro las mas antiguas familias de Licaonia, teniéndose por muy dichosas en que las correspondiese, y siendo ya en Tarsa el dia de su martirio un dia de triunfo para los christianos? Este, pues, aunque estuvo secreto mientras duró el siglo de las persecuciones, no tardó en hacerse público baxo el reinado de Constantino. ¿Con quanto zelo, y con que emulacion tan santa se disputaban entónces el Oriente y el Occidente la ventaja de poseer sus preciosas cenizas? Y tú, reyno de Francia, tú mismo has recibido con justo reconocimiento una parte de aquel precioso tesoro, de las manos de un santo pontífice (1). Esta parte de sus reliquias se extendió por diversas provincias como si fuese un manantial fertil de gracias y de prodigios.... Baxo la invocacion de *San Ciro* y *Santa Fulita* se levantan ya augustos templos y basílicas. A proporcion de lo mucho que su proteccion utiliza, se hace tambien mas universal su culto. Ya hemos visto como rápidamente se ha extendido y acreditado en el Languedoc, en la Provenza,

(1) S. Amador, Obispo de Auxerre, y predecesor de S. Germano.

en la Auvernia, en Nivernois, en Berry, en Beauce, y en la Flandes. Así la madre como el hijo reciben en todos estos parages unos mismos homenajes en los templos christianos: estándoles determinado un culto igual, tanto en la Iglesia Latina, como en la Griega.

Baxo el Pontificado de Clemente VII y el reynado de Francisco I, se hizo célebre Ville-Juit (1) en todo el mundo christiano, así por el nombre y las reliquias como por los milagros de *San Ciro* y *Santa Julita*, en quienes tienen los fieles su confianza. No desconozcais, christianos, con vuestras obras la verdad de vuestros padres y mayores. Vosotros conservais el beneficio que recibieron, con que conservad tambien por él el mismo zelo, reconocimiento y veneracion.

Para animar vuestros nobles sentimientos en esta parte, os pudiera citar aquí el exemplo de una casa respetable (2) que debe su origen á Luis el Grande; y á su zelo y piedad, mas que á su nobleza, su reputacion universal.

Vosotros honrais del mismo modo que ella, y aun antes, á una Santa y un Santo que se sacrificaron generosamente por la defensa del Christianismo. En el tiempo de las persecuciones se les vió del modo mas solemne profesar su Religion y morir por ella. ¿Dudaréis acaso vosotros hacer lo mismo en un siglo en donde ni causa vergüenza, ni exige delito el ser christia-

(1) Ville-Juit, comunmente Ville-Juifve. En latin *Villa-Julitta*.

(2) Real casa de S. Ciro.

tiano? ¿Temeréis las frívolas supercherías de un mundo despreciable, quando nuestros Santos no temieron las terribles amenazas de un mundo perseguidor? Y si á estos les encontraron firmes é invencibles los verdaderos peligros; ¿como os han de intimidar ni hacer titubear á vosotros las vanas excusas y amenazas? ¡Que infelicidad es, exclama San Gregorio el Grande, reverenciar á los mártires de la Religion y no imitarles!

Sí, hermanos míos, seguid á lo menos sus pasos por los llanos caminos de la fé, ya que no podais seguirles por las trabajosas sendas de los sufrimientos: decid con esfuerzo, como ellos, que sois christianos. Sí, confesadlo al mundo luxurioso, al mundo impenitente, al mundo incrédulo. No tengais vergüenza en manifestarlo con vuestra creencia y con vuestras obras: confesadlo así siempre en qualquier parage que os halléis. Vosotros no verteréis vuestra sangre por la Religion; pero tendréis pasiones que sacrificarla, espíritu que someterla y corazon que consagrarla. Sin tener vuestra victoria el resplandor del martirio, participará de su mérito, y unos combates mucho menos difíciles, serán para vosotros igualmente un seguro garante de la eterna bienaventuranza.

